

Votar en Galicia

Juan F. Marsal

Ir a Galicia supone, recorrer la mitad de la península Ibérica; lo que si es a pocos días después de unas elecciones generales, como las del pasado 15 de junio, permite un relevamiento visual de propaganda política. Mientras en todo el Levante la propaganda de la llamada «oposición democrática» llegó en toda su variedad a todos los pueblos en Castilla, salvo en alguna ciudad universitaria como Salamanca, brilló por su total ausencia. Sólo llegaron el Gobierno y la derecha y sus admoniciones son a veces tal ilustradoras como aquella pintada en tierras de Zamora: «Campesinos, guardad vuestras gallinas que viene el PSOE». En Galicia, siempre tras la propaganda derechista, llama la atención el esfuerzo de los partidos nacionalistas... y sus mayores resultados. Los cachondos graffiti de itinerantes anarcos lo acompañan a uno por toda la piel de loro.

Galicia rural era mi destino, concretamente un municipio de la provincia de Lugo, en el corazón de Galicia. Sus coordenadas socio-económicas: 5.000 habitantes repartidos en 30 aldeas, unas doce mil vacas lecheras — que no es moco de pavo — pastando en unos cien kilómetros cuadrados, escuela primaria pública y privada, boyante iglesia, feria mensual de ganado, ni cine ni teatro ni biblioteca. Mucha televisión.

A quien ha conocido de vivencias el trágico subdesarrollo del tercer mundo en Latinoamérica, la acepción de Galicia rural como subdesarrollada le parece un prejuicio mal elaborado por pensinsulares urbanos ansiosos de fardar frente a sus parientes (lejanos o próximos) rurales. En eso los emigrantes en Europa, cuotidianamente atosigados por los trabajos del último escalón de la pirámide laboral, hacen el récord. Nunca he visto tanto alarde de Mercedes Benz o Volvos último modelo como por los villorrios gallegos, trasegando amontonadas familias de emigrados.

A trancas y barrancas la Galicia más rural se ha desarrollado considerablemente estas últimas décadas. (Lo que no se puede decir de las despobladas Castillas). En primer lugar la gente de las aldeas se ha ido a los pueblos, que han prosperado. Otros se han ido

fuera de Galicia, pero envían sus ahorros al pueblo. Bien lo saben las proliferadas agencias bancarias. Mucho del cultivo ha sido abandonado. La gran innovación ha sido la industrialización de la leche, en primer lugar, y de los pollos — esa mezcla de harina de pescado y plástico — que ahora se inicia. El campo se centra en torno a vacas y pollos; agricultura poca. (En el pueblo en el que estuve, sólo el 10 por ciento de la superficie está cultivada). Los camiones recojen a pie de vaca la leche que irá a parar a la gran planta transformadora del inevitable pulpo multinacional. Esto ha producido un considerable aumento del nivel de vida — pero cada cual donde estaba — y seguridad. La concentración parcelaria franquista fue una filza. Aquí sigue mandando el minifundio; las estacas, bancales y alambres separadores de minúsculas propiedades forman verdaderos laberintos sobre los verdes campos. Por donde las cosechadoras no pueden pasar, sólo los conejos.

Las elecciones no son ni cura ni panacea pero dan por lo menos las primeras rayas para un mapa del pensamiento político de la gente. En el municipio rural gallego que conozco, del 50 por ciento ni eso. Pues no votaron. Los paisanos — incluida la autoridad municipal que continúa sentada bajo una imperterrita fotografía de Franco de las que sólo Por Favor se atrevería a publicar entre nosotros — dan a eso tres razones: que muchos de los empadronados no estaban pues son emigrantes; que la distancia es mucha para algo como el votar que para ellos no es demasiado atractivo, que es la «retranca» (desconfianza — apatía — segundas intenciones). El 70 por ciento de los que votaron lo hicieron religiosamente por la UCD. A mi pregunta, los votantes me dicen que lo que más les influyó fue la «tele» (el único medio de comunicación colectivo, por cierto, común a todos nosotros, ¡ay dolor!), otros más maliciosos me han hablado de «indicaciones» de los funcionarios de educación o agricultura. El segundo partido votado fue Alianza Popular con un 20 por ciento. Pero mi impresión es que en el corazón hubo muchos más votos aliancistas. Allí también hubo «voto útil», pero de derecha, que cobró

U CD (los paisanos, por ciento, se hacen lenguas de su coleiráneo Fraga). El día de las elecciones había aún quien preguntaba a los subibillos del pueblo: ¿a quién hay que votar, a Franco o a «los otros»? En es medio no es sorprendente que el PSOE sólo reuniera 94 votos y el PC 19 de inconfesos votantes. (El 10 apenas entre ambos). Lo más sorprendente fue el centenar de votos escasos que cosecharon, pese a los esfuerzos pictóricos y oratorios, los partidos nacionalistas gallegos. La conciencia de pertenencia llega que en lo lingüístico, familiar o folklórico es una indiscutible presencia no ha llegado en la Galicia rural a hacerse política. Lo conservador puede más. La «admiratio Cataloniae» que cortésmente profesan los lugureños con los catalanes que conocen, lleva también «retranca».

En resumen, mis impresiones de apresurado antropólogo (los hay que conocen menos campo aún y tienen cátedra) me llevan a la conclusión de que en la Galicia rural, que es mucha Galicia, — no hablo ni puedo sobre los gallegos de las ciudades — es profundamente conservadora sea con vestimenta franquista o la que venga. No me parecen sus habitantes tan «manipulados» como les parecen a sus culturalmente lejanos parientes de la vida urbana. Un reverencial sentido de propiedad, que hasta palidecer de envidia a «els burgesos catalans», está en el meollo de su sistema de valores. Viven, como captara el gran sociólogo burgués Max Weber, en un mundo objetivamente dependiente; en los márgenes del sistema capitalista pero creyéndose aún que es el tradicional. Pero tan sólido como las vallas de los minifundios, últimos y subconscientes monumentos de la revolución hernandina que alzó a sus antepasados contra los nobles con cuyos herederos comparten hoy, irónicamente, la misma orientación de voto. (¡Oh vericuetos de la «falsa conciencia»!). En definitiva, nada nuevo bajo el sol. En otras tierras altas de más allá del océano, en el altiplano del México central, también los campesinos minifundistas hijos de la revolución mexicana son hoy los más acendrados defensores del PRI.